

Edición: Primera. Agosto de 2018

ISBN: 978-84-17133-10-8

© 2018, Miño y Dávila srl / Miño y Dávila editores sl

Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo fotocopia, sin la autorización expresa de los editores.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Diseño: Gerardo Miño

Composición: Eduardo Rosende



Página web: www.minoydavila.com

Mail producción: produccion@minoydavila.com

Mail administración: info@minoydavila.com

En España: Miño y Dávila Editores s.l.
P.I. Camporoso. Montevideo 5, nave 15
(28806) Alcalá de Henares, Madrid.

En Argentina: Miño y Dávila s.r.l.
Tacuarí 540. Tel. (+54 11) 4331-1565
(C1071AAL), Buenos Aires.



colección

*Antropología,
estudios culturales
y relaciones de poder*

dirigida por Sergio Caggiano y Fernanda Figurelli



La colección se propone recoger y difundir trabajos que aporten al vasto campo de estudios del poder desde la antropología y los estudios culturales. El horizonte problemático que la orienta se estructura en torno a una concepción relacional del poder, que lo entiende como un ejercicio productivo y abierto a la dinámica histórica, sin formas y contenidos predefinidos. Orientarse por una concepción relacional conlleva sostener el desafío de superar la división entre lo macro y lo micro, indagando cómo las configuraciones de poder se entretienen dinámicamente desde los intercambios cotidianos. Conlleva también el interés por múltiples escalas de análisis y por las complejas conexiones y articulaciones entre ellas, por el modo en que lo global y lo local se producen a partir de relaciones sociales concretas. Recogiendo líneas de indagación de la tradición antropológica y de los estudios culturales, también ocupa un lugar destacado dentro del horizonte problemático de esta colección el análisis de categorías y clasificaciones sociales con las que organizamos nuestros mundos heterogéneos.

La colección se abre a distintas áreas y tipos de trabajo: investigaciones empíricas o bibliográficas que revisan aportes o limitaciones en los estudios del poder y procuran una mirada original para su comprensión, que abordan los procesos de producción y reproducción de diferencias y desigualdades en torno a distintas dimensiones como clase social, género, etnicidad, nacionalidad, edad, etc., que indagan las relaciones de poder involucradas en las categorías de percepción del mundo o que problematizan las formas de poder ligadas a las propias prácticas de investigación y formación en nuestros campos disciplinares, entre otras.





Federico Rodrigo

***Género y nacionalidad
en la cotidianidad
de la política***

*Migrantes bolivianas en un
movimiento piquetero
de la ciudad de La Plata*

MIÑO y DÁVILA
EDITORES

Índice

- 9 Agradecimientos**
- 13 Prólogo**, por Sergio Caggiano
- 19 Introducción**
- 21 1. El “crisol argentino” y la incorporación migrante
- 27 2. El movimiento, el barrio y el trabajo de campo
- 32 3. Los contextos institucionales de la “incorporación migrante”
- 44 4. Clase, nacionalidad y género en los procesos de “incorporación migrante”
- 47 El comedor comunitario de Altos de San Lorenzo**
- 48 1. El movimiento y el comedor desde el relato biográfico de Ignacio
- 51 2. El comedor comunitario de Altos de San Lorenzo: tareas, actividades y funciones
- 61 3. Interfaces y mediaciones
- 68 4. Racionalidad burocrática y hegemonía
- 71 5. Imbricaciones entre organización y “territorio”
- 73 Heterotopías (neo)nacionales: de las trayectorias migratorias a la construcción de una *bolivianidad* situada**
- 75 1. Redes, trayectorias migratorias y asentamiento en Altos de San Lorenzo
- 87 2. La construcción de una trama social en el contexto de recepción
- 98 3. *Bolivianidad* e “incorporación”: un primer acercamiento

**103 Traducciones entre “paisanas” y “compañeras”:
nacionalidad y clase en los posicionamientos
identitarios**

- 104 1. Los usos de la identidad boliviana
- 109 2. El “enclasmiento”
- 119 3. Configuraciones de lo público y diferencia
- 121 4. Intersecciones entre clase y etnicidad

129 Rearticulaciones de género e “incorporación” migrante

- 130 1. Representaciones sobre la feminidad
- 138 2. Reformulaciones de las relaciones de género
- 147 3. Nuevas vivencias femeninas
- 153 4. Tensiones con el movimiento
- 155 5. Los grupos de mujeres migrantes en los procesos
de “incorporación”

157 Conclusiones

171 Bibliografía



AGRADECIMIENTOS

Las reflexiones que se presentan en este libro fueron desarrolladas originalmente en el marco de la tesis de graduación de la Maestría en Sociología de la Cultura y el Análisis Cultural del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. En este proceso conté con el acompañamiento de Sergio Caggiano y José Itzsigshon como director y co-director respectivamente. Ambos fueron imprescindibles durante la totalidad del proceso que inició con el trabajo de campo y se extendió hasta la conclusión del texto.

Además, en el caso de Sergio su acompañamiento está presente desde finales de 2005, cuando lo conocí en la cátedra de Comunicación y Teorías de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Desde aquel momento su presencia ha sido fundamental en el desarrollo de mi trayectoria académica. Luego de transitar con él las tesis de licenciatura, maestría y doctorado, ya no estoy seguro de poder distinguir “mis” ideas de sus aportes. Evidentemente, soy absolutamente responsable de los contenidos de mis trabajos, pero quiero enfatizar que si existe algo así como una voz personal que se expresa en ellos, la misma sólo existe en el marco de una conversación con él que lleva más de diez años.

Algunos de los pasajes de este texto fueron reelaborados para clarificar, fortalecer o, inclusive, cambiar algunos de los argumentos originales. En este proceso, fueron decisivos los comentarios expresados por quienes constituyeron el jurado de la tesis. Alejandro Grimson, Natalia Gavazzo y Mauro Vázquez realizaron una lectura rigurosa, comprometida y profunda, y su generosidad intelectual permitió que la conversación desarrollada durante

la instancia de defensa sea un insumo fundamental para la elaboración de este libro.

Quiero hacer un reconocimiento especial para quienes con sus prácticas y narraciones aportaron la sustancia sobre la que se construyen los análisis de este trabajo. Con mis entrevistados/as que prestaron su tiempo y abrieron aspectos de su intimidad, y con el resto de los/as integrantes de la organización que soporaron muy gentilmente que un “fisgón” que no comparte algunas de sus convicciones merodee sus actividades, me gustaría que mi agradecimiento pueda en algún momento parecerse a algún tipo retribución. Sé que mi deuda aún es grande, pero espero haber dado algunos pasos para que mi tránsito por Altos de San Lorenzo haya dejado algo más que promesas y buenas intenciones.

También creo imprescindible reconocer los aportes de los/as colegas de los espacios académicos de los que participé en estos años, que leyeron y comentaron diferentes pasajes de este –y otros– textos y que compartieron conmigo los deseos, entusiasmos, expectativas, angustias y temores que le dan vitalidad a la práctica académica.

En el Centro de Investigaciones Sociales (CONICET/IDES), Sergio Visacovsky y Mariano Plotkin como principales autoridades, integrantes del Consejo Directivo, personal administrativo (tanto del CIS como del IDES), personal de apoyo, investigadores/as y becarios/as brindaron una ayuda constante y realizaron valiosas contribuciones. A su vez, los/as miembros de Programa del Ciudadanía y Derechos Humanos son interlocutores/as fundamentales en la delimitación del horizonte de interrogantes que me movilizan. Quiero destacar especialmente mi agradecimiento a Elizabeth Jelin por su rol de principal articuladora de este espacio (y de tantos otros) y por la multiplicidad inconmensurable de formas en que sus comentarios y reflexiones forman parte de mi producción (y en cierta medida la hicieron posible). También en el CIS, el Grupo Interdisciplinario de Investigadores/as en Formación se conformó para mí en un ámbito de encuentro y sociabilidad imprescindible para el desarrollo de mis investigaciones.

Por su parte, en la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Plata, los/as amigos/as del Observatorio de Jóvenes primero y del Centro de Investigaciones “Aníbal Ford” y de la cátedra de Estudios de la Sociedad y la Cultura después, acompañaron críticamente la totalidad de las decisiones conceptuales, metodológicas y estéticas que fui tomando. Ellos/as han sido mis

más entrañables cómplices en estos años de desarrollo académico y de resistencia a la abulia desafectada que se nos propone como modalidad inevitable de la maduración profesional.

Los/as evaluadores/as y comentaristas de publicaciones y actividades científicas que leyeron detenidamente artículos y ponencias en los que expuse algunas de mis reflexiones también son co-autores/as de este libro. Mi descuido y las características del referato ciego me hacen imposible identificar a quienes con su colaboración hicieron de mis textos algo mejor, pero no quiero dejar de destacarlos/as porque este saludo es, fundamentalmente, un reconocimiento de la importancia de los ámbitos de discusión que dan cuerpo a la conversación colectiva en que se producen las ideas.

Este libro se publica en un contexto de transformaciones regresivas en las políticas científicas, caracterizadas por recortes presupuestarios, patéticas declaraciones de los funcionarios del área intentando justificarlas e intentos sistemáticos y organizados de deslegitimación de la ciencia y los/as científicos/as promovidos por el gobierno nacional. En este marco, espero que destacar que desde 2013 soy becario del programa doctoral del CONICET ponga sobre relieve la endeblez del marco de oportunidades en el que pude realizar mi investigación y evidencie su carácter contingente. Agradezco las posibilidades brindadas por el CONICET, entonces, y con este gesto espero que esta publicación haga parte de la multifacética lucha en defensa de un proyecto de nación que requiere de instituciones y trabajadores/as científicos/as.

Que la democratización de la ciencia y la universidad implica tanto su masificación como la deconstrucción permanente de sus principios de autoridad excluyentes, y que este movimiento sólo es posible en el marco de proyectos políticos populares y emancipatorios, es algo que he comprendido en los años de estudio, docencia, investigación y militancia en y desde la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. En este sentido, en los nombres de Florencia Saintout y Andrea Varela quiero reconocer a tantos/as compañeros/as de lucha que colaboran en la imaginación del horizonte político en el que se inscriben mis reflexiones.

Probablemente la mayor deuda de este texto sea con la pedagogía político-gastronómica de Magalí Domínguez y su generosidad de cocinera de olla popular. Ojalá algún día pueda mostrar cómo en los fideos con habas que aprendió a guisar de sus

“compañeras bolivianas” ella transmitía su crítica al capitalismo colonial y patriarcal. No encontrarán esa receta en estas páginas, pero sí mi propio devenir luego de esa degustación.

Finalmente, sólo en el espacio que se arma entre mis amigos/as, mis viejos/as y hermanos y Natalia, lo real se siente verdadero. Su presencia en este texto es indescriptible, es la confianza en que mientras escribo estas líneas hay algo que late –que arde y reclama–.

PRÓLOGO

Género y nacionalidad en la cotidianidad de la política. *Migrantes bolivianas en un movimiento piquetero de la ciudad de La Plata* resulta un aporte distinguido a la tradición de las ciencias sociales empíricas argentinas.

Es resultado de un trabajo de campo sistemático y riguroso, y la producción y análisis de datos echa mano de herramientas conceptuales sólidas y creativas. Como saben quienes la practican, la investigación empírica implica desafíos de distinto orden. Habiendo tenido la posibilidad de seguir de cerca este proceso, sé que el autor pasó por estados acaso inevitables de un buen trabajo de investigación: inquietud, entusiasmo, incomprensión, aburrimiento, algo de entretenimiento y nuevo entusiasmo, angustias, decepción, otra vez entusiasmo y así siguiendo. A lo largo de meses y años estos estados de ánimo acompañan azares y decisiones, grandes y pequeños que, en muchos casos, tienen que ver con las relaciones sociales que el investigador entabla como parte de su trabajo. Convertir ese sinnúmero de avatares en doscientas páginas de texto constituye un reto difícil.

En Argentina el desafío tiene aditamentos propios. En el campo académico local conservan una significativa fuerza argumentos a favor del ensayo que, más o menos abiertamente, envuelven una crítica al trabajo empírico, en ocasiones rotulado como “empiricismo”. En nombre del pensamiento crítico y sin mayores argumentos, desde esa posición se despliegan gestos desdeñosos (y ampulosos) o ataques directos contra lo que se sindicó como un conocimiento positivista que no podría desasirse de las taras de una realidad que apenas glosa. Personalmente, en cambio, soy de los que creen que el pensamiento crítico precisamente no debe

desasirse de la realidad que pretende comprender o explicar. No conviene dejarse ganar por la urgencia de “decir algo”. Los buenos trabajos empíricos nacen de tener “algo que escuchar” más que “algo que decir”, o tienen “algo que decir” solo luego de haber escuchado y como producto de ello. Federico Rodrigo ha desarrollado esa capacidad nacida de la prudencia y la plasma con destreza.

Los aportes críticos del libro no son verdades de a puño, entonces. Son modulaciones conceptuales, deslizamientos de los interrogantes, sutilezas de la percepción. Las mujeres migrantes del libro participan de un comedor comunitario en las afueras de La Plata y de la organización política a la que éste pertenece, obtienen allí empleo y vías por las que canalizar sus necesidades. La militancia, a su vez, las acompaña de regreso a casa y se sienta a la mesa. Y desarrollan otras fases de su vida, además, con su familia y redes de conocidos, con paisanas y con argentinos, con jóvenes y con ancianos, en la casa, el barrio y el centro, y lo hacen sin perder contacto con otros que se han quedado en los lugares de origen. Por aprovisionamiento o por militancia viajan, se movilizan, marchan, y sus movimientos se entrelazan con el de la migración. Translocalidades y tiempos heterogéneos. Todo entramado en relaciones sociales, lo que significa en relaciones de poder. Clase, nacionalidad, género... cualquier categoría puede sonar rígida para dar cuenta de esta compleja urdimbre de realidades múltiples, y es aquí precisamente donde reside uno de los más interesantes aportes del libro, en apelar a la potencia explicativa de esas categorías y dimensiones analíticas sin descuidar los entretejidos, los solapamientos, sus fortalecimientos mutuos y sus compensaciones.

Una de esas modulaciones, desplazamientos y sutilezas ocurre en torno a la nacionalidad y la pertenencia nacional. Es un tópico permanentemente trabajado y vuelto a trabajar en las ciencias sociales y humanas, y el autor conoce las formas que ha tomado el tema alrededor de las migraciones. Pero elude hábilmente la aplicación de nociones y problemas preconcebidos a la realidad que explora y, al hacerlo, ilumina una zona de la experiencia que puede estar atada a otras experiencias de la nacionalidad, pero cuyo matiz la específica. Se trata de una nacionalidad tejida por mujeres y entre mujeres, en la militancia y, antes, en la cotidianidad del barrio y del trabajo. La nacionalidad de las mujeres del comedor no puede entenderse por fuera de las relaciones

de género y de las vivencias de clase. Aunque esté relacionada, no es la de los estandartes ni la de las casacas deportivas. Es una pertenencia nacional que se deja ver mejor en un par de zapatos de uso diario que en una bandera.

Este mérito es resultado de uno más general. *Género y nacionalidad en la cotidianidad de la política. Migrantes bolivianas en un movimiento piquetero de la ciudad de La Plata* constituye un muy buen ejercicio de análisis interseccional, aunque este no sea su propósito teórico ni su enfoque conceptual. El trabajo interroga la vida política de mujeres llegadas de Bolivia a un barrio de la capital de la provincia de Buenos Aires, mujeres con trayectorias migratorias diversas, aunque muchas con un lugar de partida común. Las preguntas emergen de las preocupaciones primeras del investigador acerca de las vías de “incorporación migrante”, de las dinámicas migratorias y de la pertenencia nacional, y acerca del papel que en estos procesos tienen las redes de relaciones desplegadas por ellas y su inserción en el movimiento piquetero que gestiona el comedor comunitario. Como conviene que suceda en un buen trabajo etnográfico, las preguntas de investigación han terminado de definirse en el campo, y en este caso acabaron concerniendo, como apunté, a distintas dimensiones de la diferencia y la desigualdad, especialmente género, clase, etnicidad y nacionalidad. Al mismo tiempo, Federico Rodrigo puede moverse con solvencia en el terreno ambiguo y superpuesto que dibujan los muchos niveles y vías de formalización política de la experiencia que su caso presenta: desde las experiencias calladas e íntimas que se cuentan rara vez hasta las discusiones públicas en el local del movimiento social, desde las charlas con amigas a las que las protagonistas permiten que se asome el investigador hasta las críticas a miembros de sus familias. Entonces, intersección de dimensiones de diferencia y desigualdad que operan en niveles diferentes, aunque entrelazados, de formalización política de la experiencia. En este amasijo con formas inconstantes, donde diversas materias se funden, Rodrigo reconstruye condensaciones y cisuras, identifica fusiones y cristalizaciones.

Y antes de escribir, ¿cómo escuchar? Durante el proceso de investigación que el autor llevó adelante sucedió un evento menos extraño que perturbador. Una prestigiosa colega le preguntó mordazmente a Rodrigo por qué había decidido trabajar con *mujeres* migrantes. Desde una posición evaluadora y con buenas intenciones pedagógicas, la colega le señaló que, siendo él varón,

todo le costaría más y era probable que muchas puertas le fueran cerradas, metafórica e incluso literalmente. Las consecuencias de seguir este tipo de sugerencias podrían haber sido devastadoras para el proyecto y pueden serlo para las ciencias sociales en general. Reviven un viejo error intelectual, político y emocional, si hubiera errores de este orden: aquel según el cual habría que *ser* obrero para entender experiencias obreras, *ser* travesti para entender experiencias travestis, *ser* mujer para entender experiencias femeninas... Está claro que esto conduciría a una suerte de epistemología improductiva del “conócete a ti mismo”. Pero más allá de las discusiones extensas que podrían darse (continuar dándose) al respecto, la anécdota vale para introducir el buen ejercicio reflexivo que sustenta el libro.

Claro que no es solo el género, sino también la nacionalidad, la clase, el lugar de residencia, las credenciales educativas, la orientación sexual y otras tantas posiciones relativas las que “particularizan” al autor en un espacio social atravesado de particularidades. Calibrar cómo las propias posiciones y las de las y los protagonistas en el campo impactan en cada interacción, en las relaciones que se construyen, en los valores y creencias en juego, en las vías habilitadas para avanzar y también en las puertas metafóricamente cerradas es una consigna válida para cualquier trabajo de campo. Puede resultar bien, como es el caso del libro de Rodrigo, o no. Se trata “simplemente” de asumir el propio lugar como un lugar social y culturalmente marcado, como cualquier otro, sin olvidar que será uno mismo quien ordene, en definitiva, todo esto y todo lo demás en el texto final.

Género y nacionalidad en la cotidianidad de la política. Migrantes bolivianas en un movimiento piquetero de la ciudad de La Plata es un libro bien escrito que puede interesar a un público más amplio que el compuesto por los especialistas en sus temas. Hace aportes sustantivos al campo de estudios migratorios, en primer lugar, y también al de los movimientos sociales e, indirectamente, al de las políticas sociales. Además de académicos e investigadores, podrían aprovecharlo funcionarios y activistas, quienes estén próximos al fenómeno, que encontrarán allí un análisis y una interpretación sugerente de sus propias prácticas, y quienes estén más lejos, que conocerán un poco más de cerca un fenómeno generalmente ignorado, simplificado, tergiversado o todo eso junto en la discusión pública mediática y política. En relación con ello, por último, se trata de un libro a tiempo. En

un contexto en que la cobertura social del Estado se ve, en general, amenazada, o al menos de cara a un futuro incierto, y los migrantes y procesos migratorios se encuentran regulados cada vez más y más férreamente según una lógica de la *securitización*, el policiamiento y el control excluyente, el libro permite conocer y ayuda a comprender. Y, si bien el conocimiento y la comprensión no garantizan horizontes inclusivos ni igualitaristas, son un requisito para imaginarlos.

Sergio Caggiano



INTRODUCCIÓN

Los primeros estudios sobre las migraciones internacionales modelizaron una forma de desarrollo del movimiento poblacional. De acuerdo con el esquema que propusieron, el proceso iniciaría con jóvenes trabajadores que se trasladan a ciertos destinos por las oportunidades laborales que allí encuentran. Una vez instalados, estos pioneros propiciarían la llegada de sus esposas e hijos/as para lograr así la reunificación familiar. Con el paso del tiempo, las familias irían adaptándose progresivamente a la vida en el nuevo contexto, dejando atrás costumbres y lealtades propias de sus lugares de origen para volverse miembros plenos de las sociedades en las que residen. Motivación económica, liderazgo masculino y asimilación progresiva, entonces, son los ejes centrales del “modelo clásico” (Massey *et al.*, 2000).

Las décadas de investigación acumulada fueron transformando estas concepciones. Los supuestos sobre los aspectos que determinan la decisión de migrar, los sujetos involucrados y la propia dinámica del proceso fueron revisados. A partir del diálogo con la agenda de los colectivos feministas, el protagonismo femenino en los diferentes flujos fue puesto sobre relieve y se propuso al género como un concepto clave para comprender la movilidad poblacional (Pessar y Mahler, 2001; Pessar, 2005; Hondagneu-Sotelo, 2011). Esto no sólo implica el reconocimiento de la relevancia –en términos cuantitativos y cualitativos– de las mujeres en ciertos circuitos, sino que además supone considerar a la migración como un proceso generizado.

Desde esta perspectiva, el género –en su intersección con otros aspectos que organizan la vivencia como la clase, la raza, la etnicidad o la nacionalidad– es un factor fundamental en la conformación de los flujos migratorios entre diferentes partes del mundo. Las motivaciones individuales o grupales que inciden en el desplazamiento, las estrategias de movilidad, los ámbitos geográficos y laborales de asentamiento y los condicionamientos –económicos, políticos, legales y simbólicos– a sus posibilidades de adoptar posicionamientos ciudadanos, entre otras cuestiones, se constituyen imbricados en las limitaciones y potencialidades que definen las relaciones de género para los diferentes sujetos. La experiencia migratoria, en síntesis, se conforma atravesada por estas dimensiones que definen su dinámica: ser mujer (u hombre), agricultora (o empresaria), indígena (o blanca), boliviana (o paraguaya o argentina), etc., son atributos que se constituyen y transforman en los propios circuitos migratorios y que delimitan el marco de oportunidades y restricciones sobre el que las personas deben desplegar sus actividades.

Este libro se inscribe en la agenda de estudios que buscan profundizar la comprensión de la participación de las diferentes formas y jerarquías de poder en las dinámicas económicas, culturales y políticas que constituyen a la migración (Feldman-Bianco y Glick-Schiller, 2011). Lo hace por medio del abordaje de un caso que forma parte de un fenómeno relativamente poco explorado en las ciencias sociales argentinas: la participación de mujeres migrantes en los movimientos piqueteros que se constituyen en las periferias de las grandes y medianas ciudades del país.

Esta experiencia conecta las preguntas por la migración y sus clivajes constitutivos con la preocupación por los modos en que los/as integrantes de los sectores populares forman parte de la construcción de diversos dispositivos sociales y políticos y se convierten en agentes de diferentes conflictos por la distribución de los recursos. Es decir, indaga la inscripción de estos dispositivos en los circuitos que unen el Área Metropolitana de Buenos Aires con la región andina de Bolivia, incorporando a la nacionalidad como una dimensión relevante de su estudio.

A partir del trabajo de campo etnográfico en un comedor comunitario situado en las afueras de la ciudad de La Plata donde participaban principalmente mujeres bolivianas, buscamos comprender las dinámicas a través de las cuales ellas se integran en redes de relaciones que les permiten el acceso a distintos capitales.

El análisis de los modos en los que se traman estos vínculos nos lleva a interrogarnos sobre sus maneras de asumir la identidad boliviana y los posicionamientos de clase, fuertemente atravesadas por los sentidos de la feminidad que construyen.

Los estudios sobre la migración boliviana a la Argentina han destacado que la (re)definición del sentido de la identidad nacional frente a los discursos discriminatorios es un aspecto relevante de los procesos de incorporación en los distintos contextos de asentamiento. Centrándose especialmente en las prácticas de recreación de la identidad boliviana que emprenden diferentes asociaciones y colectivos, las investigaciones señalaron que para los/as migrantes la “experiencia de la nación” de origen supondría un modo político de ser en el espacio público del contexto de recepción, tensionado por las construcciones de la *argentinidad* y sus lógicas de reconocimiento de las alteridades. Disputar el significado de “lo boliviano”, entonces, sería una de las vías fundamentales de reclamar acceso a los derechos ciudadanos y, por lo tanto, representaría un modo incipiente de ejercerlos (Butler y Spivak, 2009).

Pero ¿qué ocurre cuando nos detenemos en la vivencia de mujeres que no poseen la capacidad de protagonizar la realización de fiestas y la construcción de organizaciones étnicas? ¿Cuándo relegan su nacionalismo y en qué medida constituyen un modo específico de adscribir a su nación de origen? Recuperando el punto de vista de mujeres bolivianas que habitan un barrio de la periferia de La Plata y que, a través del comedor comunitario, forman parte de un movimiento piquetero, esta investigación busca señalar tanto los condicionamientos que operan sobre sus identificaciones como el modo en el que ellas vuelven productiva la *bolivinidad* en otros ámbitos de la vida.

1. El “crisol argentino” y la incorporación migrante

El estatus científico de los estudios migratorios en la Argentina se consolidó en la década de 1960, especialmente a partir de los trabajos de Gino Germani y José Luis Romero sobre la migración ultramarina de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Enfocando en lo que consideraban el pasaje del modelo societal “tradicional” hacia el “moderno”, los análisis atendieron al papel que desempeñaron las personas provenientes de Europa en las transformaciones económicas, sociales y políticas del país.

Norberto Marquiegui señala que el núcleo central de estos estudios no era la migración ni los migrantes, sino el modo en el que participaban del proceso de gestación del Estado nacional y de la inscripción de la producción local en el mercado mundial (Marquiegui, 2006).

En este contexto, un contrapunto inicia el debate académico en el que abreva el presente trabajo: en sus términos, la “sociedad argentina” era alternativamente entendida como un conglomerado “híbrido” resultante de una convivencia sin predominio entre elementos europeos y criollos (Romero, 1956), o el producto de una “fusión” entre los mismos. Para Germani, la alta tasa de masculinidad de la población migrante había representado un freno a la posibilidad de conformación de matrimonios intraétnicos, lo que, articulado con la débil base demográfica receptora, habría dado lugar a una síncretis novedosa, resultado de un entrecruzamiento de los diferentes grupos (Germani, 1968). Así, el pensador italoargentino proponía una particular interpretación a las ideas del “crisol de razas” ya circulantes en nuestro país y en otros contextos académicos¹.

Con la amplia aceptación de las propuestas de Germani se consolidaba una primera forma de resolución del problema analítico de las configuraciones sociales y culturales que se desarrollan a partir del arribo de migrantes –nacionales y extranjeros– a distintas áreas de asentamiento. Esta perspectiva fue parte del consenso que señaló la consolidación en las primeras décadas del siglo XX de un “ser nacional” (que nacionaliza la conformación social de Buenos Aires, proyectando un sujeto) culturalmente homogéneo y étnicamente neutro, imaginario que orientó los proyectos y disputas políticas y los modos de reconocimiento de los actores (Segato, 2007), tanto como la configuración del “sentido común” con el que se concibió la nación (Caggiano, 2013).

Sin embargo, al concluir la última dictadura militar, las renovaciones teórico-metodológicas que atravesaron a las ciencias sociales en la etapa de recuperación de la democracia reactivaron las discusiones. Especialmente por medio de la introducción de la “teoría de las redes sociales” se comenzó a problematizar más profundamente la heterogeneidad social y cultural presente en

1. La migración limítrofe, que de acuerdo a los censos desarrollados desde 1869 ya representaba entre el dos y el tres por ciento de la población total del país, constituía una versión de aquello que Caggiano (2005) denominó “lo que no entra en el crisol”.

los diversos contextos de recepción migratoria entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. El rol del Estado y las elites comunitarias fue puesto en consideración para dar cuenta de las dinámicas de funcionamiento social en el nivel de las interacciones cotidianas de los sujetos (Freundlich de Seefeld, 1985; Pianetto y Galliari, 1989; Otero, 1994; Devoto, 2009). De esta manera, se revisaron las diferentes hipótesis en torno a la “asimilación” e “integración” de los/as migrantes desarrolladas tanto para el “caso argentino” como para lo ocurrido en otras zonas de inmigración como Estados Unidos y Canadá.

Más allá de las divergencias, la bibliografía destaca que luego de la Primera Guerra Mundial se consolidó un proceso de homogeneización social de enorme eficacia. Fernando Devoto afirma que “un Estado con nuevos instrumentos, pero también los movimientos políticos de masas, el nacionalismo, el deporte y la cultura popular, ayudarán a la consolidación de ese objeto misterioso: los argentinos”. De ese modo, “se construirá en ese tiempo una sociedad siempre heterogénea, siempre en construcción y redefinición (...) pero mucho más integrada” (Devoto, 2009: 15).

Si bien los planteos se alejaron de las perspectivas que conceptualizaban la interacción a través de la metáfora de la “fusión” con la que se fraguó la idea de “crisol de razas”, desarrollando incluso el concepto de “pluralismo social” (Devoto, 2009) para concebir la zona del litoral argentino, el consenso en torno a la neutralización y/o invisibilización de los particularismos culturales y/o étnicos conllevó un relegamiento de su análisis hacia el período previo a la llamada “crisis del año ‘29”. Recién en las últimas décadas, las preocupaciones que desarrollaron hace medio siglo Germani y Romero fueron reformuladas dando lugar a una reemergencia de la discusión sobre los modos de formación y tramitación de la alteridad en diferentes zonas de la Argentina, enfocando ahora sobre el impacto de las migraciones contemporáneas. El horizonte de reflexiones compartido con los abordajes de la cuestión indígena y la revitalización de las identidades “afro” y la negritud pareciera evidenciar el fortalecimiento de la pregunta por la “pluralidad” social y cultural en nuestras sociedades y un interés creciente por una revisión más profunda del “crisol” que actualmente conformamos.

Las convenciones internacionales incorporadas en 1994 a la Constitución Nacional –que coinciden con un proceso desarrollado en distintos países de América Latina– y la sanción de numero-

sas leyes que reconocen el derecho de los sujetos a la preservación de sus particularidades culturales, llevan a algunos autores a plantear que asistimos a la emergencia en las últimas décadas de un “multiculturalismo constitucional” (Briones, 2008). Estas transformaciones en el marco jurídico nacional se entranan con diversos procesos económicos, políticos y culturales específicos en diversas zonas. Así, se establecen formaciones y regímenes que organizan las posibilidades de los sujetos *otros* en sus distintos contextos de intervención.

Asimismo, la agenda de la relación entre alteridad y nación no es una agenda desgenerizada. Al menos desde las últimas décadas del siglo XX las preocupaciones por la performatividad social de categorías como raza o etnia incorporan al género y a la clase como aspectos que se imbrican en la constitución misma de los criterios y sentidos de la pertenencia y la exclusión. En sintonía, los estudios sobre las posibilidades del ejercicio sustantivo de la ciudadanía en nuestro país para sujetos marcados como *otros* por los sistemas de clasificación dominantes, señalan que las mismas divergen en función del modo en que se articulan distintas dimensiones de la diferencia y la desigualdad (Jelin, 2006; Magliano, 2009, Caggiano, 2013). Ser mujer boliviana en contextos geográficos e institucionales concretos, por ejemplo, implica posicionamientos en esquemas de autoridad y prestigio que inciden en la constitución de los deseos y las expectativas, y pueden favorecer o dificultar su cumplimiento.

Siguiendo este conjunto de reflexiones, nuestro análisis parte de los procesos de “incorporación migrante” de los que participa un grupo de mujeres de nacionalidad boliviana a partir de su integración en un comedor comunitario situado en el barrio de Altos de San Lorenzo, que se inscribe en la “política territorial” de un movimiento piquetero de escala nacional. En términos amplios, recuperando el interés por los procesos que Germani y Romero habían caracterizado como “asimilación” e “integración”, indagamos en el universo de sentidos y prácticas que desarrollan en diferentes ámbitos del contexto de recepción, dando cuenta de los “límites y presiones” (Williams, 2009) que configuran sus estrategias y adscripciones. Más específicamente, nos enfocamos en las modalidades a través de las cuales las migrantes forman parte de la construcción de interfaces con diversos dispositivos sociales y políticos y se convierten en agentes de diferentes conflictos por la distribución de los recursos, enfatizando el rol que

las dimensiones de género, nacionalidad y clase juegan en dichas experiencias.

Asumimos como punto de partida epistemológico algunos de los planteos que caracterizan a los Estudios Culturales, ya que buscamos “colocar la pregunta acerca de las relaciones de poder en el centro de las preocupaciones por los modos en que los grupos sociales organizan simbólicamente la vida en común” (Grimson y Caggiano, 2010: 18). Así, salvando las distancias, procuramos inscribirnos en un marco amplio de estudios de la cultura que, siguiendo el impulso intelectual que dieron los teóricos de Birmingham, busca “comprender la intersección de mundos diferentes (Abu Lughod), los modos en que las personas participan en discursos múltiples, más o menos discrepantes (Barth), así como las sedimentaciones históricas que pueden producir clausuras culturales reales o imaginarias” (Grimson y Caggiano, 2010: 18).

Entonces, asumiendo tal perspectiva, este trabajo dialoga de modo particular con la amplia bibliografía que analiza la migración boliviana hacia nuestro país. Durante las últimas décadas la migración limítrofe ha sido el centro de estudios demográficos, económicos, sociológicos, antropológicos y políticos que, como afirman Benencia y Karasik, “han tratado de echar luz sobre el stock, el flujo y la composición de la inmigración hacia la Argentina; sobre las causas y el destino de esa inmigración en lo que hace a su inserción en los mercados de trabajo locales [y] sobre las formas en que ésta se ha hecho efectiva” (Benencia y Karasik, 1994: 261).

En este marco, este libro se propone discutir prioritariamente con aquellos estudios que atañen a los aspectos socioculturales de la inmigración y de la “recepción” por parte de la sociedad local. Nos interesan especialmente los análisis de la construcción de ámbitos comunes de práctica cultural que refuerzan las relaciones con el lugar de origen y los paisanos y posibilitan la configuración de un sentimiento de “comunidad” (Mugarza, 1985; Balán, 1990; Benencia y Karasik, 1994; Grimson, 2000; Benencia, 2000, OIM-CEMLA, 2004; Giorgis, 2004). Estos ámbitos de “sociabilidad boliviana” han sido objeto de investigaciones que destacan su relevancia en los procesos identitarios y en la consolidación de redes que habilitan el acceso a diferentes tipos de “capital” (Mugarza, 1985; Balán, 1990; Benencia y Karasik, 1994; Grimson, 1999, 2000; Caggiano, 2005 y 2013).

A su vez, diferentes estudios han dado cuenta de los procesos de auto y hetero-reconocimiento de las personas de ese país y de las disputas (no sólo) simbólicas entre diferentes discursos, imágenes y colectivos –de migrantes y miembros de la “sociedad receptora”– en la definición de los sentidos que se le asignan a las identificaciones asociadas a Bolivia (Grimson, 1999 y 2000; Gavazzo, 2004; Caggiano, 2005). En estos trabajos, la *bolivianidad* aparece como un modo de participar del espacio público, tensionado por (que se constituye frente a) las lógicas muchas veces discriminatorias de reconocimiento de las alteridades en el contexto de recepción. Por su parte, también nos interesan los trabajos que abordaron los márgenes de incorporación de demandas ligadas específicamente a la experiencia migrante –como por ejemplo la documentación– en los procesos de participación colectiva desarrollados por los denominados “movimientos de trabajadores desocupados” (Vázquez, 2005; Dodaro y Vázquez, 2008; Grimson, 2009).

Finalmente, en la Argentina en los últimos años se ha desarrollado un campo de estudios de género y migración. A través de investigaciones que destacan la feminización de los flujos que arriban a la Argentina² (Cerrutti, 2010), la relevancia del género en las trayectorias migratorias (Caggiano, 2003; Curtis y Pacecca, 2010; Magliano, 2007), en la inserción laboral de trabajadoras extranjeras (Cacopardo, 2004; Mallimacci Barral, 2012 y 2016; Magliano, Perissinotti y Zenklusen, 2013) y la problemática de la trata de personas (Curtis y Pacecca, 2008), se constituyó una agenda que enfoca en las particulares condiciones que atraviesan los/as migrantes en los diferentes contextos de asentamiento en nuestro país.

Entonces, nos proponemos continuar explorando la agenda intelectual que desarrollaron quienes se propusieron dar cuenta de las complejas y ambiguas relaciones que se establecen entre los regímenes significantes que organizan la alteridad y las prácticas que desarrollan los/as migrantes en su búsqueda de consolidar sus proyectos vitales en el contexto de recepción. En este sentido, siguiendo los planteos sobre la “incorporación” que hicieron Glick Schiller *et al.* (2006), nos centramos en problematizar la participación de las mujeres bolivianas en el comedor comuni-

2. En este sentido, también encontramos un trabajo pionero de Elizabeth Jelin (1976).

tario como una forma de construcción y fortalecimiento de redes que posibilitan el acceso a determinados recursos. Pero antes de adentrarnos en mayores precisiones conceptuales, demos algunas pistas del referente empírico a partir del cual desarrollamos nuestro análisis.

2. El movimiento, el barrio y el trabajo de campo

Nuestro trabajo de campo se desarrolló entre los años 2010 y 2012 en un comedor comunitario situado en el barrio de Altos de San Lorenzo, que en ese período se inscribía en el marco de la “política territorial” de un movimiento piquetero³. Este colectivo había surgido en 2004 conformándose como una expresión organizativa multisectorial: si bien le otorgaba un peso decisivo a las organizaciones territoriales urbanas, conocidas como Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD), también incorporaba agrupaciones estudiantiles, sindicales y ambientales, manifestaciones culturales, rurales, espacios de jóvenes, de mujeres y de intelectuales. Esta organización, que se definía como “popular, antiimperialista y anticapitalista”, tenía presencia en cinco provincias del país y vínculos con movimientos, partidos y sindicatos de diferentes países sudamericanos.

Desde el punto de vista de su estructuración interna, se organizaba a partir de “regionales” que agrupaban a los distintos colectivos que confluían en el movimiento en un determinado territorio. A su vez, cada “regional” contenía diferentes “sectores” que variaban su relevancia en función de la configuración política específica de cada zona. En la “Regional La Plata, Berisso y Ensenada”, que contenía al comedor comunitario donde participaban las migrantes bolivianas, los sectores principales eran el “estudiantil”, que integraban agrupaciones de numerosas facultades de la Universidad Nacional de La Plata, algunas de las cuales conducían sus respectivos centros de estudiantes en el marco de alianzas con otras fuerzas, y el “territorial”, que nucleaba ocho comedores comunitarios en diferentes barrios periféricos de la ciudad de La Plata, dos en Berisso y otro en la localidad de Ense-

3. En los últimos años este movimiento sufrió una ruptura que transformó fuertemente su constitución. El comedor comunitario, al igual que la mayoría de los espacios que conformaban al “Sector territorial”, permanecieron en la organización, mientras que muchas de las agrupaciones de los otros sectores se escindieron.

nada. A su vez, el “Sector ocupados” tenía cierto desarrollo por medio de una agrupación sindical con expresión en los gremios docentes y estatales, mientras que también se realizaban algunas actividades del “Sector de género”.

La toma de decisiones se ejecutaba por lo que denominaban la “democracia de base”. Se trataba de un sistema piramidal de asambleas conectadas, a partir de las cuales la información y las resoluciones desarrollaban un movimiento vertical y horizontal en todas direcciones. Cada agrupación específica –el comedor es una de ellas– tenía sus propias reuniones y discusiones. A su vez, enviaba delegados/as a las asambleas de su “sector” y a las asambleas generales de la “regional”. De esta manera, las propuestas podían surgir de las “agrupaciones de base” o de los espacios superiores, pero para poder aprobarse debían contar con el consenso de todas las instancias implicadas.

El “Sector territorial” incluía principalmente comedores comunitarios y era el que gestionaba los cupos a diferentes programas de política social y laboral a los que el movimiento accedía a través de la construcción de tensos y complejos vínculos con diferentes organismos estatales. Los “grupos de trabajo” que se formaban a partir de estos cupos enviaban delegados/as a una asamblea que los nucleaba: los/as integrantes del comedor de Altos de San Lorenzo la llamaban la “asamblea de delegados”.

El movimiento reivindicaba la acción directa de los sectores sociales oprimidos cuyo objetivo es “arrancarle” recursos al Estado y al “sistema”, recursos considerados como “conquistas” de la organización popular. En sintonía, la actividad política –especialmente del “Sector territorial”– se desarrollaba incorporando manifestaciones que el colectivo protagonizaba muchas veces junto con otras organizaciones de la región. De esta manera, las marchas a través de las calles de las ciudades de La Plata y Buenos Aires y las protestas frente a diferentes edificios públicos municipales, provinciales y nacionales representaban un ejercicio cotidiano de las personas que integraban el espacio. Del mismo modo, los viajes colectivos por medio del transporte público automotor, el Ferrocarril Roca y el subte de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires eran parte de la práctica “militante” de quienes se sumaban al movimiento.

Desde el punto de vista de su configuración patrimonial, a los fines de este trabajo es relevante destacar que la organización

contaba con un local céntrico⁴ en el casco urbano de la ciudad, en donde se realizaban numerosas actividades políticas y culturales generalmente protagonizadas por “militantes”⁵ y se desarrollaban algunos emprendimientos productivos. Por su parte, en Altos de San Lorenzo, además del mencionado comedor comunitario, se constituyeron dos huertas donde cumplían tareas dos cuadrillas de trabajadoras que se inscribían en el marco del Programa Argentina Trabaja⁶: una de ellas se encontraba detrás del comedor, mientras que la otra estaba ubicada a dos cuadras del mismo.

Según los testimonios de los/as “militantes” de la organización, ésta era la experiencia “territorial” numéricamente más importante de la “Regional”, ya que contaba con una asistencia promedio a sus asambleas de alrededor de cincuenta personas, y cerca de cien personas en total estaban involucradas en el espacio. A su vez, una de sus principales características es la presencia masiva de migrantes bolivianas, que representan casi la totalidad de las integrantes.

Mientras que lo que podemos denominar la “zona de influencia” del comedor se circunscribe a un perímetro de unas cinco cuadras en torno al mismo (ninguna de las mujeres que asiste al espacio vive más allá de éstos límites), Altos de San Lorenzo es uno de los barrios más grandes y poblados de la periferia de la ciudad⁷. Este centro comunal es una unidad territorial adminis-

4. Se trata de un edificio ocupado a comienzos de la década de 2000, tras un largo proceso de luchas en torno a su “expropiación” y reconocimiento oficial como “centro cultural” que aún continúa.

5. La diferenciación entre “militantes” y “compañeros/as de base” es una clasificación nativa, desarrollada especialmente por los/as primeros/as. En este comedor particular, asistían periódicamente como “militantes” su principal referente, un docente de aproximadamente 40 años y cuatro jóvenes, todos/as ellos/as estudiantes universitarios/as.

6. Este programa fue creado en 2009, destinado a personas sin ingresos formales en el grupo familiar, sin prestaciones de pensiones o jubilaciones nacionales ni otros planes sociales, a excepción del Plan Nacional de Seguridad Alimentaria. Su implementación se co-gestiona entre el Ministerio de Desarrollo Social y diferentes entes ejecutores (municipios, provincias, federaciones y/o mutuales), a través del Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (INAES). Las principales actividades que contemplaba durante el trabajo de campo eran la formación y capacitación de cooperativas, las cuales tienen a su cargo la ejecución de obras públicas locales que demandan mano de obra intensiva (Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, 2013).

7. Elegimos mencionar la zona con la denominación genérica de “Altos de San Lorenzo” (dentro del mismo otros sub-barrios también poseen nominaciones específicas) para evitar identificar a nuestras fuentes.

Vista parcial del contenido del libro.

Para obtener el libro completo en formato electrónico puede adquirirlo en:

www.amazon.com
www.bibliotechnia.com
www.interebook.com
www.e-libro.net

MIÑO y DÁVILA
♦ EDITORES ♦